

ENTRE EL ENCIERRO, EL HAMBRE Y LA MUERTE: LA FORTALEZA REAL FELIPE Y LOS SUCESOS DE 1821, 1826 Y 1948

Capitán EP Jaime M. Taype Castillo

Historiador Militar Ejército del Perú

Resumen

La Fortaleza Real Felipe, construido durante el siglo XVIII en el Callao, ha sido escenario de acontecimientos que marcaron la historia del Virreinato y la República del Perú. Allí terminaron sus vidas quienes se opusieron al régimen de la corona ibérica y a sus visorreyes representantes en esta parte del hemisferio. También preocupó a los generales libertadores José de San Martín, Simón Bolívar y sus respectivos jefes militares cuando la referida construcción militar, por diferentes circunstancias, volvía al control de los realistas y ponía en riesgo los avances logrados en los primeros años de la novísima República peruana, teniendo entre sus características los encierros, el hambre y las muertes trágicas. Sin embargo, la importancia de la fortaleza no desapareció en el siglo XX, como se evidenció durante la fallida revolución promovida por miembros del Partido Aprista Peruano apoyados por un sector de la Armada, el 3 de octubre de 1948.

Palabras claves: Fortaleza Real Felipe, Perú, Callao, Independencia, APRA

Introducción

Escenario de acontecimientos que culminaron no pocas veces de manera trágica durante los periodos del Virreinato y la República peruana, la Fortaleza Real Felipe es una de las construcciones militares más imponentes e importantes en esta parte del hemisferio. Esta construcción, localizada en la Región y Provincia Constitucional del Callao, es evidencia de lo que fue el dominio español en Sudamérica entre los siglos XVI y XIX.

No obstante, el Real Felipe en las últimas décadas, además de museo militar, también es considerado como espacio de eventos paranormales que provoca la curiosidad del público visitante, así como de los medios de comunicación y las redes sociales. Esos “misteriosos” eventos no estarían lejos de la realidad, si tenemos en cuenta la manera funesta en que las personas encarceladas perdieron la vida al interior de sus muros y torreones, en los periodos virreinal y de la emancipación.

Tampoco son ajenas las propuestas de determinados sectores de la localidad, quienes bajo el argumento de que la fortaleza ya perdió el valor estratégico militar, promueven su desocupación por parte de las dependencias militares encargadas de custodiar y promover la historia del Ejército (Nuevo Callao, 2025, pp. 32-34).

Algo que tienen en común quienes promueven esta corriente de opinión y su viralización, es su desconocimiento sobre la historia nacional y la participación del Ejército del Perú, no sólo en la Defensa Nacional, sino también en lo que actualmente se conoce como la Gestión del Riesgo de Desastres. Es menester recordar los fenómenos de origen natural como los terremotos y tsunamis, son una amenaza constante sobre la población del Callao. El más recordado y catastrófico ocurrió la noche del 28 de octubre de 1746, pero también destacó el acaecido el 24 de mayo de 1940. En este último, los militares y la Fortaleza Real Felipe cumplieron un rol importante en favor de los damnificados (Taype, 2023, pp. 20-22).

Volviendo al cause histórico, que es el propósito de este artículo, la Fortaleza Real Felipe ha sido escenario de numerosos acontecimientos, como ya se mencionó en las líneas anteriores, pero que en esta oportunidad trataremos sólo tres de ellos: dos correspondientes al inicio de la República, mientras que el otro acaecido poco antes de concluir la primera mitad del siglo XX. Estos sucesos tuvieron en común los finales marcados por el idealismo, el sufrimiento y la muerte.

El inicio del fin: Hambre y rendición en el Real Felipe, setiembre de 1821

Abandonada la ciudad de Lima por el virrey José de La Serna a comienzos de julio de 1821, las fuerzas patriotas pasaron a inmediatamente a ocuparla. No obstante, el visorrey había dejado una guarnición realista en la Fortaleza Real Felipe al mando del general José de La Mar (Regal, 1961, p. 37). *“La serna dejó en los castillos del Callao una guarnición de 2,000 realistas, los mismos que vivían bajo la bandera española en la inexpugnable fortaleza”* (Del Busto, 1948, 349).

Es cierto que, de los setenta mil habitantes, población de la capital calculada para aquel entonces, solo se refugiaría en los castillos del Callao un porcentaje mínimo, alrededor de 600 vecinos, aunque no debe olvidarse a todos aquellos que se refugiaron en los conventos y monasterios (Mera, 2005, p. 203).

A partir de entonces, las conversaciones en las plazas, jirones y casonas de la otrora capital del virreinato ya no tenían como tenor los edictos dispuestos por el representante de la corona en esta parte del continente, sino las medidas que anunciaba ahora el general nacido en Yapeyú, después de proclamar la Independencia del Perú el 28 de julio de 1821.

Sin embargo, en el vecino puerto del Callao, la inexpugnable Fortaleza Real Felipe causaba la preocupación de San Martín y sus jefes militares, convirtiéndose este fuerte en el principal objetivo militar perseguido por el Protector del Perú.

Otro proyecto consistió en un ataque por tierra concertado por el Gral. San Martín y Cochrane; pero se resolvió no llevarlo a cabo al observar que los

españoles reforzaban los baluartes, correspondientes a la posible dirección del asalto, trasladando los cañones que apuntaban al mar a los frentes amagados, lo que fue presenciado por San Martín en persona, según la comunicación que le dirigió a Cochrane [...]; esa información fue conducida por su agente secreto Martín Guarnis. Todavía tenemos que mencionar dos propósitos más; el primero estribaba en forjar llaves falsas de las puertas de la ciudadela para con ellas y tropas sobornadas permitieran la entrada de los atacantes, y también se fabricaron las llaves en Lima; por el segundo, se ideó abrir boquetes en los muros, que servirían de poternas a los invasores (Regal, 1961, p. 36).

Para lograr su captura, el “Santo de la Espada” —como también era conocido el general José de San Martín— ordenó el asedio contra la fortaleza que permanecía en poder realista. Paradójicamente, a pesar de lo ordenado por el jefe de la expedición libertadora del sur, un grupo de los porfiados realistas logró ingresar al Real Felipe.

Las tropas que habían quedado en el Castillo, a órdenes del Gral. La Mar, alcanzaban un número de 1,200 plazas, que integraban una compañía del batallón Burgos, una parte del Milicianos del Concordia y el de milicias del Número. Además, el virrey La Serna había dispuesto el 30 de junio [de 1821] que pasaran al Real Felipe unos 900 enfermos; pero La Mar, a fin de atenderlos mejor y evitar la epidemia de disentería que comenzaba a amenazar a la guarnición, dispuso su traslado a Bellavista, teniendo por menos malo que cayesen prisioneros (Regal, 1961, p. 38).

Efectivamente, cumpliendo la disposición del porfiado virrey José de La Serna, el general José de Canterac y sus hombres incursionaron en Lima entre finales de agosto y la primera quincena de setiembre de 1821. No obstante, la marcha de las tropas realistas era observado por sus pares independentistas, pero sin llegar a entablar combate, a razón de que el general San Martín había ordenado evitar cualquier choque armado (Del Busto, 1988, pp. 349-350).

EL objeto de Canterac era atacar a los patriotas y socorrer a los castillos del Callao. Probablemente le habían animado a aquella operación las noticias enviadas por los españoles desde Lima del estado del ejército patriota, cuya organización y apariencia no parecía favorable, aunque entonces pasaba de siete mil hombres de fuerza. Cuando Canterac los vio fuertemente colocados detrás de parapetos de tierra, y sostenidos a su retaguardia por la población de Lima, mucha parte de la cual estaba a caballo con sables, cuchillo, picas, etc., consideró más prudente pasar por entre Lima y la costa del mar, y ampararse bajo el tiro del Callao en la tarde del 10 (Cayo, 1975, p. 254).

Pronto, los realistas al mando de Canterac llegaron al Callao, dirigiéndose de inmediato al Real Felipe. Allí fueron recibidos con sorpresa y algarabía por quienes permanecían al interior del recinto militar. Se cometa que, desde una distancia prudente,

San Martín y su general Gregorio de Las Heras presenciaron el ingreso, exclamando el primero: *“¡Están perdidos! ¡El Callao es nuestro! No tienen víveres para 15 días. Los auxiliares de la sierra se lo van a comer. Dentro de 8 días tendrán que rendirse o ensartarse en nuestras bayonetas”* (Mosquera, 1947, p. 218).

Los castillos del Callao estaban al mando del general La Mar, hombre valeroso y honorable, que se vio ante una situación insostenible. Con él estaban los pocos enfermos de cólera que dejó La Serna cuando evacuó Lima y que habían podido sobrevivir. Tenía abundante y magnífico armamento, pero pocos soldados y los víveres cada día eran más escasos (López, 2021, p. 344).

El Protector del Perú no dejaba de tener la razón al expresarse de esa manera, ya que los realistas que permanecían encerrados en el fuerte venían lidiando con la disminución de sus alimentos y la incapacidad de reabastecerse, debido al elevado costo con que comerciaban las embarcaciones inglesas en la bahía chalaca. No obstante, esta preocupación era sobrellevada por los encerrados, al mantener la creencia que pronto el virrey La Serna retornaría para socorrerlos (Taype, 14 de enero 2018, p. 36).

Las tropas patriotas estrechaban el cerco sobre la fortaleza con la intención de ingresar, operación que estuvo al mando del general Las Heras, quienes partieron del vecino pueblo de Bellavista. En efecto, el 14 de agosto de 1821 los independentistas intentaron ingresar por sorpresa al Real Felipe, tratando de aprovechar el momento en que la puerta principal estaba abierta y el pequeño puente tendido sobre el foso que la rodeaba.

A pesar del rápido desplazamiento de la caballería e infantería patriota, la incursión no tuvo éxito, debido a que los realistas en medio de su desesperación consiguieron levantar el puente y cerrar el acceso a la fortificación. No obstante, eso no evitó que se produjera un breve pero intenso combate en los alrededores del Real Felipe, donde cayó prisionero el general realista Ricafort, quien, a pesar de estar convaleciente de sus heridas provocadas por montoneros en la sierra, no dudó en defender el recinto de los sitiadores (Roel, 1971, pp. 167-168).

Las Heras, pretendiendo sorprender a los sitiados, compuso una división de asalto formada por compañías extraídas de los batallones Numancia, del Número, N° 11 de los Andes y de los N° 4 y 5 de Chile, haciendo un total de 1.000 infantes, reforzándola con 150 cazadores a caballo. Salieron del campamento de Bellavista una hora antes del mediodía y avanzaron a la mayor velocidad posible, intentando llegar a la Puerta Principal de la fortaleza; pero se vieron obligados a detenerse al pie del glacis, pues la guarnición, que estaba prevenida, bajó el rastrillo y abrió un fuego tan intenso que los independentes tuvieron que emprender la retirada (Regal, 1961, p. 38).

Posteriormente, tras ingresar la madrugada del 11 de setiembre y permanecer dentro del Real Felipe por casi una semana y luego retornar a Jauja, el general realista

Canterac y sus hombres terminaron acelerando el fin de las provisiones de alimentos de quienes permanecían al interior del castillo. *“Los españoles se quedaron solamente unos días en el Callao y se retiraron al interior por falta de provisiones, llevándose los tesoros que habían estado resguardados en el Callao”* (Hall, 2016, p. 114).

El 10 de setiembre de 1821, el Gral. José de Canterac, que cumpliendo órdenes del virrey La Serna, había bajado de la Sierra por la quebrada del Rímac, entró al Real Felipe al mando de una División, dando así el Virrey cumplimiento a lo que había ofrecido, de auxiliar a los sitiados; pero no les enviaba notables refuerzos ni tampoco armas o víveres en cantidad apreciable. Esta División de unos 3,500 hombres, estaba formada por batallones de infantería: del Infante, Imperial, Burgos, Cantabria y Arequipa; y escuadrones de caballería del Unión y Granaderos de la Guardia (Regal, 1961, p. 38).

San Martín aprovechando esta situación y buscando ganarse la confianza del aun realista La Mar, le ofreció al jefe virreinal una rendición honrosa. Ante la propuesta tentadora y beneficiosa, teniéndose en cuenta las penurias del encierro, La Mar solicitó antes de dar su respuesta final, le permitieran salir del fuerte para alcanzar a las fuerzas de Canterac que volvían a la sierra, a fin de analizar el estado en que éstas se encontraban.

Se sabe que desde el 2 de julio hasta el 21 de setiembre, que se entregó el Real Felipe, perdieron 520 hombres, casi todos de tropa, pero entre ellos 3 jefes y 4 oficiales; desertaron unos 250, y debido a la insalubridad, falta de alimentos y recargo en el servicio, desde mediados de agosto perdían diariamente de 12 a 15 hombres, principalmente por causa de las epidemias que se habían desarrollado (Regal, 1961, p. 39).

José de La Mar avanzaba por el valle de Carabayllo, cuando de pronto comenzó a encontrarse y entrevistarse con los soldados desertores de Canterac, conociendo a través de ellos que esa fuerza realista se encontraba en un estado deplorable. Al retornar al Real Felipe y convocar a una Junta de Guerra, La Mar llegó a la conclusión de que la única alternativa si querían sobrevivir, era capitular ante los patriotas (Roel, 1988, 273-274).

Al salir Canterac de la fortaleza, San Martín intimó rendición a los sitiados, por lo que La Mar encargó al brigadier Manuel Arredondo y al capitán de navío José Ignacio Colmenares para que se entrevistaran con el coronel patriota Tomás Guido respecto a los términos de la capitulación. Esta se realizó el 19 de setiembre de 1821, en la casa hacienda Baquíjano donde actualmente funciona el cementerio del mismo nombre (Regal, 1961, pp. 39-40).

Al final, la capitulación resultó bastante ventajosa para los realistas encerrados por su propia voluntad (Vargas, 1981, p. 192-193). *“El cerco del general Gregorio de las Heras termina con la capitulación del Real Felipe”* (Quiroz, 2007, p. 184).

Los militares virreinales salieron del Real Felipe vistiendo sus uniformes de gala mientras recibían los honores militares correspondientes. Los realistas que querían embarcarse con dirección a Arequipa para reunirse con el ejército del virrey podían hacerlo sin ningún impedimento al igual que los que deseaban retornar a la península, cuyo gasto correría por cuenta del Perú (Zapatero, 1983, p. 83).

La guarnición realista abandonó el Castillo el día 21, a las 10.00 de la mañana [...]. Con fecha de ese día el Protector decretó el cambio de los nombres de los Castillos Real Felipe, San Miguel y San Rafael, respectivamente por los de Independencia, El Sol y Santa Rosa. El decreto está firmado también por el Ministro de Guerra D. Bernardo Monteagudo, que había sido nombrado en agosto de 1821 (Regal, 1961, p. 40).

No fueron extraños los casos de realistas que se pasaron a las fuerzas patriotas, manteniendo sus grados militares. No obstante, lo que también deseaban los independentistas con la capitulación era apoderarse del cuantioso armamento que se almacenaba en el Real Felipe (Pérez, 1997, p. 251).

[...] los realistas procedieron a la entrega de los Castillos y a la rendición de la tropa. La primera en rendirse fue la que custodiaba el castillo del Real Felipe. A las diez de la mañana de ese día abandono ella su punto de guardia y en formación pasó delante del ejército libertador para ir luego a colocar en su presencia sus armas en pabellón [...] a las diez de esta mañana las tropas de la patria tomaron posesión de las fortalezas del Real Felipe, San Miguel y San Carlos, y los pabellones del Estado libre del Perú, flamearon en ellas por primera vez (López, 2021, p. 345).

Días después, el pendón bicolor peruano ondeaba imponente sobre uno de los torreones de la fortaleza, reemplazando a la bandera española. Por su parte, el general San Martín retornaba a Lima envuelto por la victoria, devolviendo la libertad a los patriotas que hasta entonces permanecían prisioneros en el Real Felipe, sobreviviendo a esa “batalla blanca” donde no se emplearon las armas, sino de la inteligencia, la paciencia y porque no decirlo, también el hambre (Rojas, 1937, p. 280-281).

Sin embargo, un hecho similar pero trágico se repitió luego de la victoria patriota en la pampa de La Quinua, que tuvo nuevamente como escenario a la Fortaleza Real Felipe.

El trágico encierro realista de 1826

Fue conocida la victoria de los patriotas el 9 de diciembre de 1824 y la firma de la capitulación por parte de los realistas vencidos, que en buenas cuentas significaba el final definitivo del dominio español en esta parte del continente; sin embargo, en la

capital y particularmente en el Callao, no todos compartían lo acordado en el pueblo de La Quinua.

Después de la Batalla de Ayacucho, las noches en la Fortaleza Real Felipe no fueron las mismas por casi un año. Se dice que, cada vez que caía la noche, en el “Castillo de la Independencia” —llamado así por el general San Martín— se podían observar como si fuesen almas en pena, a hombres y mujeres deambulando en el interior de la fortificación.

Estos desafortunados ocupantes caminaban en silencio y con la cabeza gacha como buscando algo en el suelo; mientras que, en la parte alta de los muros y torreones, los soldados realistas vigilaban el perímetro. A pesar de la seriedad de estos últimos, las expresiones en sus rostros delataban que tenían hambre (Taype, 2021, pp. 148-149).

Efectivamente, enterado de la capitulación en suelo ayacuchano, Rodil se negó a acatar este acuerdo y, por el contrario, preparó la fortaleza para su defensa y larga resistencia (Del Busto, 1988, p. 377).

Paradójicamente, algunos colaboradores patriotas terminaron uniéndose a Rodil en su encierro, como fue el caso de José Bernardo de Tagle —el Marqués de Torre Tagle— así como de su ministro Berindoaga. El primero murió en la fortaleza por causa del escorbuto, enfermedad que arrebató la vida de numerosos ocupantes del fuerte chalaco, mientras que el segundo terminó fusilado en Lima y su cadáver fue expuesto al público, para que vieran como terminaban los que traicionaban a la independencia (Dellepiane, 1965, p. 238).

[...] me están atormentando las enfermedades de escorbuto, vicho o disentería e hidropesía, peculiares de navegaciones y sitios largos, y obran en la guarnición como epidemia mortífera, de suerte que me va encerrando en el sepulcro los cimientos de mi existencia (Rodil, 1955, p. 70).

Este tipo de represión obedecía a la orden dada por Simón Bolívar, de declarar fuera de las leyes de guerra y sin ninguna garantía de vida, tanto a civiles y militares que permanecían al interior de la fortaleza (Roel, 1988, p. 450).

Así marchábamos pasando los días en una continuada fatiga, repeliendo los enemigos por mar y tierra y derribando los edificios del pueblo para proveerme de materiales y poner el Castillo de San Miguel bajo la protección de los fuegos del Real Felipe, y las noches arrimados a los merlones en observación de los movimientos del sitiador [...] (Rodil, 1955, p. 82).



Figura 1: Retrato del brigadier general José Ramón Rodil.

Cortesía Museo del Ejército Real Felipe.

El hostigamiento contra la fortaleza Real Felipe fue constante, sucediendo intercambios de disparos e intentos de ingresar por la fuerza al fuerte, siendo rechazados por los realistas. Pero la falta de alimentos comenzó a quebrar la lealtad de la tropa realista y la confianza de los civiles hacia Rodil.

Han pasado varios meses y escasea el alimento entre los ocupantes del Real Felipe. El hambre no distingue entre quienes ostentaron títulos nobiliarios, influencia política, cargos militares y colores de piel. Rodil, brigadier realista, en un intento por mantener la honra de la corona, se ha embarcado en un encierro con más de 3 mil personas en su interior, resistiendo al asedio independentista tanto por mar y tierra. Sin embargo, el final de esta terca reclusión culminaría siendo uno de las más dramáticas en la historia del Perú (Taype, 9 de febrero 2018, 29).

El hacinamiento, la falta de salubridad y escases de alimentos llevaron a la aparición del escorbuto, males estomacales y demás pestes que afectaron la salud de los sitiados. El hambre obligó a estos últimos a comer caballos, perros, gatos, ratas y todo aquello que pudiese calmar el apetito.

[...] En esta ocasión no podía disponer de un caballo, porque había sido necesario comer todos los de la caballería/artillería, los de los jefes y oficiales de todas armas, y los de los particulares, tanto por la imposibilidad de sostenerlos sin cebada, que alcanzó hasta primeros de noviembre del año anterior con una desconocida economía, cuánto qué con el salitroso pasto solo desfallecían, y era preciso sobre todo aumentar con sus carnes mi existencia, y sostenerla, refrescando la guarnición del modo más asequible a cortar el progreso maligno de las enfermedades [...]. No existía animal viviente para medicinas: los perros, los gatos y ratones habían desaparecido como manjares apetitosos: las aves de mar y tierra más despreciables, lobos marinos, mariscos y todo ser animado, menos los racionales, fueron alimento de la lealtad y valor del Callao [...] (Rodil, 1955, pp. 121-123).

Pese a las presiones de las fuerzas patriotas, tanto física y psicológica, Rodil no daba su brazo a torcer, arrastrando a sus acompañantes.

Después de 8 meses de asedio, sin poseer más de ciento y 50 toesas de un terreno absolutamente infructífero, por no ser otra cosa que un cascajal rodeado de pantanos salitrosos, y confundidos de enfermedades de curación difícil o imposible/por falta de frescos y muerte de los mejores médicos, cruzados de bombas y balas en todas direcciones, he logrado poner en mengua a los enemigos. Bolívar revocó tácitamente su inconsiderado decreto: Salom enarboló su bandera blanca, y precipitó su deseo o sus instrucciones hacia un armisticio que le ha sido despreciado (Rodil, 1955, p. 92).

Ante este drama, no faltaron quienes desde el interior comenzaron a conspirar para desencadenar sublevaciones que les permitiese escapar. Pero estos, al ser descubiertos, fueron pasados por las armas conforme a las órdenes de Rodil (Taype, 2021, p. 150).

Mientras tanto, en los exteriores de la fortaleza, las tropas patriotas devolvían al interior de esta, a los que intentaban escapar de ella. Sin embargo, los independentistas se quedaban sorprendidos al presenciar como los devueltos eran ejecutados por las tropas realistas. Por esa razón, los patriotas vieron por conveniente recibir a quienes huían del hambre, la peste y de la terquedad de Rodil (Dellepiane, 1965, p. 238).

Finalmente, el brigadier Rodil al comprender que su encierro resultaba inútil e incluso ponía en riesgo su propia vida ante la presencia de la peste bubónica, tifoidea y posibles alzamientos, tomó la decisión de capitular ante los patriotas, entregando el Real Felipe el 22 de enero de 1826.

Una placa develada por el presidente Augusto B. Leguía con motivo del centenario de este suceso en 1926, permanece al ingreso de la Casa del Gobernador, como recordándonos que un hecho similar no se debe repetir. Actualmente, esos ambientes forman parte del Museo del Ejército Real Felipe.

Volviendo la capitulación de enero de 1826, al día siguiente de su aceptación y vistiendo su mejor uniforme mientras era acompañado de su tropa sobreviviente, José Ramón Rodil y sus hombres salieron del Real Felipe con honores militares. *“Los realistas resistieron al mando del brigadier Ramón rodil durante trece meses luego de la batalla de Ayacucho, hasta que en enero de 1826 se rindieron”* (Quiroz, 2007, p. 184).

Las investigaciones señalan que fueron 5 mil las personas quienes se encerraron en la fortaleza junto con Rodil, y que sólo salieron con vida dos mil cuatrocientos, de los cuales 400 eran militares. Rodil y sus oficiales se embarcarían rumbo a España, tratando de dejar atrás aquel trágico encierro (Roel, 1971, p. 302). *“De los más de 7 mil civiles y militares pro-realistas, sólo lograron salir vivos 2.300, mientras que los pasados por las armas sumaron 200”* (Durand, Dumbar, Vergara y Bacacorso, 1984, p. 758). Sin embargo, las muertes trágicas colectivas en el Real Felipe también estarían presentes en el siglo XX.

El Real Felipe y la insurrección naval de 1948

Corrían las primeras horas de la madrugada del 3 de octubre de 1948 y mientras la mayoría de la población dormía, grupos conformados por militantes apristas y personal de la Armada, motivados por las promesas e ideales políticos, se desplazaban entre calles y compartimientos de los navíos surtos en la bahía del Callao para dar inicio al movimiento de corte revolucionario, que buscaba *detener* tres aspectos: la aparente actitud autoritaria del presidente de turno, las intenciones políticas y económicas de la oligarquía y las persecuciones contra el Partido Aprista Peruano (PAP) (Taype, 2018, p. 295).



Figura 2: El torreón de La Reina y al fondo se aprecia al torreón de El Rey.
Tomado de la Monografía histórica del Real Felipe del Callao y Guía del Museo Histórico Militar, del general Felipe de la Barra.

Los “revolucionarios” buscaron adelantarse y dar el golpe en el Callao. Quienes creyeron protagonizar una revolución, terminaron siendo actores de una breve pero sangrienta insurrección que tuvo entre los puntos de enfrentamiento a la Fortaleza Real Felipe.

En 1948, el Perú era gobernado por el jurista arequipeño José Luís Bustamante y Rivero, quien tres años antes había ganado las elecciones generales con apoyo de aprismo y otros grupos políticos que conformaron el denominado Frente Democrático Nacional (FDN) (Vargas Llosa, 1993, p. 21). Sin embargo, pronto comenzaron las tensiones entre Bustamante y su antiguo aliado político, Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA (Villanueva y Thorndike, 2004, pp. 284-285).

En medio de las disputas políticas que se reflejaban en las calles y el Congreso de la República, llevando a Bustamante a militarizar su gabinete ministerial entre 1947 y 1948, también aparecieron los intentos insurreccionales promovidos tanto por la oligarquía y el aprismo en diferentes puntos del país (Taype, 2018, pp. 103-106).

No obstante, ambos tenían en común su búsqueda del apoyo militar dentro de los cuarteles, apelando a demandas de los uniformados o las posibles carencias económicas en sus familias. En caso del aprismo, si bien este participaba en democracia a través de las elecciones; no obstante, tampoco dejaba de lado el uso de la violencia, que se inició con la insurrección de Trujillo en julio de 1932.

Sin embargo, el 3 de octubre de 1948, militantes apristas y marinos, en su mayoría oficiales de mar y marinería -aunque también participaron algunos oficiales de guerra-, protagonizaron una de las insurrecciones más sangrientas, pero poco conocidas del siglo XX. Ese día los ideales políticos, el intento por tomar el poder, la insubordinación de un sector de la Armada y la debelación de la empresa revolucionaria dispuesta por el gobierno, desembocaron en muertes, persecuciones y un posterior golpe de Estado.

En efecto, la captura de los principales buques de la Marina de Guerra surtos en el Callao protagonizado por el personal naval insurrecto conmocionó a la oficialidad naval, debido a que luego fueron dirigidos por suboficiales, rompiéndose la jerarquía de mando. Entre los buques capturados figuraban el *“Almirante Grau”*; *“Bolognesi”*; las fragatas *“Ferre”*, *“Palacios”*, *“Villar”* y otras embarcaciones menores (Taype, 2012-2013, p. 103).

Aproximadamente a las 2 a.m., el capitán de fragata Enrique Águila Pardo llegó a bordo del crucero “Grau”, que previamente había sido capturado y sublevado por los rebeldes liderado por un maestro suboficial. Controlado el navío, Águila Pardo se declaró jefe supremo de la escuadra rebelde. El personal que se negó a participar en el movimiento fue detenido y recluido en uno de sus compartimientos (Ortiz, 1997, p. 88).

Las detenciones ocurrieron tanto en los buques, dependencias terrestres navales y la estación en la isla San Lorenzo, mientras que los insurrectos daban vivas al APRA y a Víctor Raúl Haya de la Torre. Casi de inmediato, el “Grau” lanzó cinco pantallazos de luz sobre el puerto, indicando al resto de rebeldes tanto en tierra como en el mar que la “revolución” había comenzado, iniciando el cañoneo contra el cuartel Dos de Mayo donde acantonaba el Batallón de Infantería N° 39 (BI 39) del Ejército (Taype, 2018, pp. 114-115).

Por su parte, el teniente 2° Juan Ontaneda en la fragata “*Ferré*”, se unió al movimiento y entregó el mando del buque a un suboficial, para luego pasar al BAP “*Palacios*” a fin de ayudar al teniente 1° Víctor Romero a capturarla. Reducidos quienes se opusieron a los rebeldes, Romero delegó el mando del “*Palacios*” a otro suboficial maestro, para ir de inmediato a apoderarse de las unidades de la División de Cazasubmarinos. Romero emplearía estos últimos contra el BI N° 39, que era vecino al Real Felipe, quienes no tardaron en responder al fuego rebelde.

Simultáneamente, Ontaneda y sus hombres se apoderaron del “Villar”. Una vez capturado este buque, levantó anclas y se dirigió con las otras dos fragatas a Chorrillos con el propósito bombardear a la antigua Escuela Militar. La tripulación del “*Bolognesi*” —que era reparado en el *Arsenal Naval*— también fue sublevado (Revista de Marina, setiembre-octubre 1948, p. 527). Controlado el Callao, los rebeldes pretendían ir a la capital, aunque esto no se consumó.

Enterada la dirigencia aprista de lo que pasaba en el Callao, envió enlaces con contraordenes a fin de no verse involucrado, dando aparentemente marcha atrás a sus aspiraciones revolucionarias (Villanueva, 1973, pp. 131-141).

Pero las contraordenes no llegaron a todos los involucrados, como sucedió con los insurrectos en el Callao y los que navegaban con dirección a Chorrillos. Estos últimos, antes de llegar a su objetivo, protagonizaron un combate aeronaval con aviones caza procedentes de la base aérea Las Palmas, obligando a los buques rebeldes a retornar al Callao a la espera de nuevas órdenes (Napurí, 2010).

Antes que amaneciera, los insurrectos ya controlaban el Arsenal Naval, Defensa de Costas, Escuela Naval y la Estación Naval de San Lorenzo, además de los buques antes mencionados, aunque la Base de Submarinos no se plegó a la revuelta. Los alzados también tuvieron en contra a los soldados del BI 39, quienes resistían al cañoneo del “Grau” procedente de la bahía y los disparos de los rebeldes apostados en los muros y torreones del Real Felipe. Al amanecer, los alzados entraron en un combate abierto contra las tropas leales al gobierno venidas de Lima (Taype, 2018, p. 159).

Por esos años, parte de la fortaleza Real Felipe albergaba a la escuela de suboficiales, el almacén y taller del Cuerpo Aeronáutico del Perú (actual FAP) (CAP, 1942, pp.19-22) y también al entonces Museo Militar del Ejército.

Que tres camiones se quedaron en el Obelisco y dos se dirigieron al Real Felipe, habiendo viajado el manifestante en el último camión. Que desembarcaron en la misma esquina de Sáenz Peña y Paz Soldán en momentos en que había un fuego intenso de fusilería y ametralladora entre los soldados del BI 39 que ocupaban la plaza Grau y la boca calle que da al Real Felipe y los de la aviación del Real Felipe secundados por muchos civiles armados que hacían fuego de la plazuela del Real Felipe. Que en marcha rampante todo el personal de la Marina que había desembarcado de los camiones ingresó al Real Felipe y en momentos en que lo hacia el manifestante, faltando pocos metros para llegar a la puerta, cayó herido el suboficial de Marina que comandaba su grupo, cuyo nombre no conoce, por lo que tuvo que auxiliarlo junto con un avionero y en un automóvil particular color azul oscuro que salió de la Escuela de Suboficiales lo llevó el manifestante al Hospital Naval donde lo dejó [...] (Archivo Histórico de Marina [AHM], 5 octubre 1948, exp.2, fol. 105-106).

La importancia de la fortaleza obedecía a que los insurrectos (marinos, apristas y avioneros) desde allí podían dominar al BI 39, además de armar a los defensasistas (militantes de choque del APRA) (Villanueva, 1973, p. 128). No obstante, cuando en horas de la mañana aparecieron los tanques secundados por las tropas leales al régimen, el Real Felipe se convirtió en uno de los puntos donde el enfrentamiento fue más sangriento.

[...] pero al llegar a la plaza independencia se encontraron con el camión en que se encontraba Cubas; que este suboficial les ordeno que ingresaran al Real Felipe; que salió un civil gordo con una pistola y les ordeno que entraran, que el civil estaba con terno negro; que fueron llevados a las torres del Real Felipe; que vieron que arriba habían avioneros y civiles, que todos se llamaban “Compañeros”, que un civil les informo: “Que se trataba de una rebelión, que solo faltaba la rendición del treinta y nueve”; que los civiles llevaban brazaletes; que efectuaron salva de disparos de fusil y que los civiles gritaban “Viva la Revolución del Pueblo”; que cuando amaneció vieron que los soldados estaban instalados con ametralladoras en la municipalidad y edificio Ronald; que comenzó fuego nutrido por lo cual tuvieron que esconderse; que hirieron a un marinero con un fragmento de granada que le cayó en el cráneo; que anteriormente también habían herido en una pierna al suboficial Cubas, que vio cuando ingresaba un alférez con marineros francos y que el Alférez se fue llevando herido a Cubas (AHM, 13 de noviembre 1948, exp. 3, fol. 749).

Simultáneamente a la captura de las dependencias navales, el Real Felipe también fue ocupado por los defensasistas apristas y marinos gracias a la colaboración del personal de la aviación comprometido en el movimiento (Soto, 2002, p.551).

Al desembarcar la gente del camión, se dirigieron todos corriendo al castillo y se pusieron a ordenes de un suboficial de aviación indicándole a toda gente que

subieran al torreón donde se encontraban más o menos setenta civiles apristas que portaban pañuelos blancos con una inicial roja en el brazo izquierdo, quienes decían “compañeros adelante” (AHM, 6 de octubre 1948, exp. 39, fol. 140).

Desde la fortaleza, los insurrectos acosaron con disparos y gritos por la parte posterior al Cuartel Dos de mayo.

Que estando al mando de una compañía en el canchón, oyó que, del Real Felipe, un grupo de civiles, marineros y avioneros les gritaban a los soldados, diciéndoles que se pasaran al Real Felipe y que mataran a sus oficiales. Que les arrojaban bombas sin la mecha prendida indicando con esto que las entregaban para que hicieran uso de ellas en el cuartel (AHM, 13 de noviembre 1948, exp. 23 fol. 752).

El Real Felipe logró albergar aproximadamente casi medio millar de insurrectos. La osadía en capturar y emplear una dependencia militar para combatir a otras fuerzas militares del mismo país fue castigada con una represión sangrienta (Chanduví, 1988, p. 421).

[...] fueron enviados al Real Felipe a las 0330 a.m.; que quisieron ingresar por la puerta sur del Real Felipe y no les abrieron, y con ayuda de avioneros escalaron el muro e ingresaron, que subieron a un torreón y se parapetaron; que cuando amaneció vio que en el torreón norte se encontraban civiles con ametralladoras; que el instruyente con su personal permaneció inactivo; que por la noche efectuaron algunos disparos al aire [...] (AHM, 14 de noviembre de 1948, Declaración del suboficial Lizardo Vásquez Saboya).

Efectivamente, los tanques al llegar al Callao se apostaron en la avenida Sáenz Peña que conecta con la puerta principal de la fortaleza, mientras que el resto de las tropas y vehículos militares se ubicaban en las calles colindantes.

Si salían los civiles del Real Felipe con los manos arriba rendidos, igual les disparaban, no respetaban. Si estaban heridos tirados en la pista, pasaban los tanques por encima y los remataban. Eso ha sido atroz (Víctor de la Torre C., comunicación personal, 12 de junio 2010).

Muertos y heridos en ambos bandos fue el resultado del combate en el Real Felipe. Poco antes de las 5 de la tarde, las tropas leales ingresaron y retomaron el control del fortín, capturando a 300 rebeldes, entre marineros y civiles del casi medio millar de hombres que ocuparon dicho cuartel. El fracasado intento de revolución propiciado por el aprismo con el apoyo de la Armada causó la muerte de aproximadamente de sesenta personas, entre marineros, soldados y policías; mientras que los civiles muertos sumaban 175 (Masterson, 2001, 172).

[...] el comandante Águila respondió diciendo: “que para el movimiento había estado comprometidos todas las fuerzas de Lima, con excepción del cuartel Dos de Mayo [...] que contaban con el pueblo, al que debían haber armado en el Real Felipe [...] que el declarante le dijo al Cmdte. Águila por qué no se rendía inmediatamente y que evitara perdidas de vida y material inútilmente [...] que el comandante Águila contestó que él no podía tomar esa decisión pues dependía de lo que acordaran **con sus jefes** en una conferencia que iba a tener al amanecer, después de lo cual se retiró (AHM, 18 de octubre 1948, exp. 13, fol. 683).

La fortaleza fue recapturada por los tanques y tropas del Ejército, mientras los rebeldes intentaban escapar saltando de sus muros en su desesperación por no ser capturados, varios de ellos perdiendo la vida en su intento. Controlado el Real Felipe y reforzando a las tropas del BI 39, las fuerzas venidas de Lima avanzaron sobre el resto de las dependencias navales. Debelado la insurrección en tierra, los oficiales y suboficiales de la Armada rebeldes se reunieron en uno de los navíos, acordando su rendición. En ese interín perdió la vida uno de los cabecillas del movimiento revolucionario (Ortiz, 1997, p. 90).

Finalmente, entre las consecuencias dejadas por la insurrección del 3 de octubre de 1948, fue el proceso judicial y condena que enfrentaron casi un millar de integrantes de la Armada, la puesta fuera de la ley del partido aprista y la persecución contra sus dirigentes y militantes y el cierre de sus locales partidarios, el asilo de Haya de la Torre en la embajada de Colombia y el golpe de Estado protagonizado, semanas después, por el general Manuel A. Odría (Bustamante, 1949, p. 183).



Figura 3: Tropas del Ejército cubren a los insurrectos que perdieron la vida al interior del Real Felipe.

Fuente: La Crónica, 4 de octubre 1948.

Una placa colocada a un costado de la puerta principal del Real Felipe recuerda este acontecimiento.

A manera de conclusión

La Fortaleza Real Felipe ha sido escenario de numerosos acontecimientos tanto en el periodo virreinal y republicano. En los acontecimientos tratados para el presente artículo, se observa su importancia para los intereses de quienes intentaron mantener o tomar el poder por la fuerza.

También están presentes las actitudes personales de sus protagonistas, resaltando la lealtad a la patria, al superior o al jefe del partido político, además de la esperanza del socorro que lindó con la terquedad o creer ser protagonista de una revolución.

Por otro lado, a pesar de señalarse que este fortín perdió su valor estratégico militar hace mucho tiempo; no obstante, su importancia para los actores de los sucesos descritos, revelan que su influencia en el quehacer político-militar no había desaparecido aún en el siglo XX.

En tiempos más recientes, quienes promueven los intereses políticos, económicos y la desocupación militar, probablemente olviden que el Callao permanece amenazado por la ocurrencia de terremotos y tsunamis. Y cuando el caos y la destrucción domine el puerto, la Fortaleza Real Felipe será la instalación militar que una vez más cumplirá su rol de refugio inmediato, como sucedió en la primera mitad del siglo XX.

Finalmente, su construcción encierra historias de decisiones, resistencias prolongadas y fracasadas revoluciones. Probablemente en el futuro, nuevas historias acontezcan en sus instalaciones; pero lo que no debemos olvidar es que el Real Felipe es una construcción militar que actualmente alberga al museo castrense más importante e imponente en el Perú y uno de los más resaltantes del mundo, materializando “El Ejército unido a la historia”.

Referencias

- Archivo Histórico de Marina (5 octubre 1948) Manifestación del Mar.2 Wilfredo Rivera Figueroa. Pertenece a la dotación del BAP Bolognesi. Exp.2, fol. 105-106.
- Archivo Histórico de Marina (6 octubre 1948). Instructiva al SO3 Maq. Carlos Flores Flores. Pertenece a la dotación del Bolognesi. Exp. 39, fol. 140.
- Archivo Histórico de Marina (17 octubre 1948). Declaración del Tte. 1ro Jorge Ruiz de Castilla. Exp. 13, fol. 683.
- Archivo Histórico de Marina (13 de noviembre de 1948). Instructiva al marinero 2da Valentín Carrera Bancayán. Exp. 3, fol. 749.
- Archivo Histórico de Marina (13 de noviembre 1948). Declaración del teniente EP Luis Rosales Gamarra, Pertenece al cuartel Dos de Mayo. Exp. 23 fol. 752.
- Archivo Histórico de Marina (14 de noviembre 1948). Declaración del suboficial Lizardo Vásquez Saboya.
- Cuerpo Aeronáutico del Perú (1942). *Aviación: Revista mensual ilustrada*, VII (77).
- Bustamante, J. (1949). *Tres años de lucha por la democracia*. Editorial Bartolomé U. Chiesino.
- Cayo, P. (1975). *Memorias del General Guillermo Miller*, tomo I. Editorial Arica S.A.
- Chanduví, L. (1988). *El APRA por dentro: lo que hice, lo que vi y lo que se*. Copias e impresiones.
- Del Busto, J. (1988). *Compendio de historia del Perú*. Librería Studium.
- Dellepiane, C. (1965). *Historia militar del Perú*. Ministerio de Guerra.
- Durand, L.; Dumbar, E., Vergara, G.; Bacacorzo, G. (1984). *Historia General del Ejército Peruano: El Ejército en la Independencia del Perú*. Ministerio de Guerra.
- Hall, B. (2016). *Extractos de un diario: Perú, 1821*. Editorial Arcángel San Miguel S.A.C. Entrevista a Víctor De la Torre Cáceres. Callao 12 junio del 2010.
- López, H. (2021). *La expedición libertadora del Perú*. Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú.

- Masterson D. (2001). *Fuerza Armada y sociedad en el Perú moderno: un estudio sobre las relaciones civiles militares 1930- 2000*. Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos.
- Mera, A. (2005). Cuando la patria llegó a la capital: el miedo ante el advenimiento de la Independencia 1820-1821. *El miedo en el Perú: Siglos XVI al XX*, (1), 185-232.
- Mosquera, E. (1947). “*Ensayo crítico sobre la Campaña libertadora al Perú*”. Círculo militar.
- Napurí, R. (2010). *Pensar en América Latina. Crónicas autobiográficas de un militante revolucionario*. Herramienta Ediciones.
- Nuevo Callao (2025). Le llegó la hora cero al Ejército en la fortaleza del Real Felipe.18, 30-34. <https://www.facebook.com/photo/?fbid=1175680454572470&set=pcb.1175680934572422>
- Ortiz, J. (1997). Rebeliones Navales en el Callao: 1932 y 1948. *Apuntes*. Universidad del Pacífico.
- Pérez, A. (1997). *José de San Martín. El libertador cabalga*. Editorial Planeta.
- Quiroz, F. (2007). *Historia del Callao: De puerto de Lima a Provincia Constitucional*. Fondo editorial pedagógico San Marcos, Gobierno Regional del Callao.
- Regal, A. (1961). *Historia del Real Felipe del Callao, 1746-1900*. Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú.
- Revista de Marina (setiembre-octubre 1948). Ministerio de Marina.
- Rodil, J. (1955). *Memoria del sitio del Callao*. Escuela de estudios hispanoamericanos.
- Roel, V. (1988). *Historia general del Perú: La independencia*. Lima.
- Roel, V. (1971). *Los libertadores*. Editorial gráfica Labor.
- Rojas, R. (1937). *El Santo de la espada. Vida de San Martín*”. Editorial Losada.
- Soto, R. (2002). *Víctor Raúl. el hombre del siglo XX*, tomo II. Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre.
- Taype, J. (2023). El Ejército del Perú y los fenómenos naturales en la historia contemporánea. *Revista científica de la Escuela Superior de Guerra del Ejército*. 2 (2), 16-33.

- Taype, J. (2021). *Independencia del Perú: La historia detrás de la historia*. Fondo editorial del Congreso del Perú.
- Taype, J. (2018). *Insurrección de la Armada: Callao, 3 de octubre de 1948*. Fondo editorial del Congreso del Perú.
- Taype, J. (9 de febrero 2018). El Real Felipe, la fortaleza Rescatada. *La república*, 29.
- Taype, J. (14 de enero 2018). La resistencia de La Mar en el Real Felipe. *La república*, 36.
- Taype, J. (2012-2013). La insurrección naval del 3 de octubre de 1948. *Derroteros de la Mar del Sur*, (20 y 21) 99-114.
- Thorndike, G. y Villanueva, A. (2004). *La Gran Persecución*. Editorial EPENSA.
- Vargas, M. (1993). *El pez en el agua*. Seix Barral.
- Vargas, R. (1981). *Historia General del Perú: Emancipación*, tomo IV. Carlos Milla Batres.
- Villanueva, V. (1973). *La sublevación aprista del 48: Tragedia de un pueblo y un partido*. Editorial Milla Batres.
- Zapatero, J. (1983). *El Real Felipe del Callao. Primer castillo de la "Mar del Sur"*. Servicio histórico militar.

CAPITÁN EP JAIME M. TAYPE CASTILLO

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional Federico Villarreal, con maestría concluida en Desarrollo y Defensa Nacional en el Centro de Altos Estudios Nacionales (CAEN-EPG). Primer puesto en el concurso nacional de tesis en historia 2013 organizado por la Asamblea Nacional de Rectores (ANR) y CONCYTEC. Escribe artículos de historia militar y naval en las diferentes revistas de las FF.AA. del Perú, universidades, institutos de investigación y también ha sido articulista invitado en los medios de prensa. Es paracaidista militar y autor de los libros “Insurrección de la Armada: Callao, 3 de octubre de 1948”, “Independencia del Perú: La historia detrás de la historia”, “Vida y obra del Gral. de Div. José del Carmen Marín Arista” y “Vida y obra del Gral. de Div. Juan Mendoza Rodríguez: Militar y Educador” publicados por el Congreso de la República del Perú y el CAEN-EPG, respectivamente.